

tudes que les concedia la providencia , para engrandecer mas y mas las nobles cualidades de su futuro monarca. Asi fué como apesar de no mezclarse en los negocios del Estado mientras vivió Felipe Augusto, los jóvenes esposos consiguieron inspirar á sus pueblos los sentimientos de la mas respetuosa veneracion y del mas sincero amor, que les garantizaba un porvenir halagüeño de prosperidad y ventura.

La muerte del rey acaecida en 1223, abrió al esposo de Blanca el camino del trono, siendo ambos coronados en Reims el dia 8 de Agosto del mismo año, y celebrándose este acontecimiento con una brillantez y magnificencia desusadas, concurriendo como testigos el rey de Jerusalem, los magnates de la monarquía, y un pueblo inmenso y verdaderamente entusiasta de sus jóvenes monarcas.

Las guerras que se vió obligado á sostener bien pronto Luis VIII con Inglaterra le hicieron abandonar la capital de sus dominios, y Blanca de Castilla quedó en la capital encargada de la gobernacion de todo el Reino, demostrando desde los primeros dias las altas cualidades que atesoraba para tan difícil puesto, y que bajo la apacible hermosura de su rostro «ocultaba valor y cualidades de hombre en un corazon de muger.»

III.

Al sentir Luis VIII que se acercaban los últimos instantes de su existencia, convocó á los obispos y principales magnates de su corte para designar la persona que habia de encargarse en dirigir á seguro puerto la nave del Estado, durante la minoria del hijo que con su mismo nombre estaba llamado á sucederle; y comprendiendo que en ninguna podía hallar reunidas las dotes que en su esposa, la nombró Regenta del reino y tutora de su hijo primogénito.

Por primera vez en Francia veíanse reunidos en una princesa tan

codiciados titulos; y fácilmente se dejan comprender los celos que aquella justa predileccion habia de despertar en los inquietos y ambiciosos barones, mal de su grado sometidos á la monarquía, robustecida por Felipe Augusto.

Apenas habia exhalado su postrer aliento Luis VIII, su digna esposa fué el blanco de los enconados tiros de la maledicencia, y no faltaron indignos caballeros que se atrevieran á ultrajar la honra inmaculada de la hija de Alfonso IX, suponiéndola indignos y criminales amores y hasta complicidad en la muerte de su esposo, injustamente atribuida á un supuesto veneno preparado por el Conde Tibaldo.

La ternura del monarca en sus últimos momentos, y su misma eleccion en favor de la reina, era la mejor respuesta que podia darse á los maldicientes, cuyos tiros rechazaba siempre victoriosa la intachable reputacion de Doña Blanca, cimentada en una rigidez de costumbres tan severa, que le hacia esclamar dirigiéndose á su mismo hijo «te quiero mucho, hijo mio: te quiero con cuanta ternura puede querer una buena madre; pero sentiria menos verte caer muerto á mis piés, que cometiendo un pecado mortal.» A la que de tal modo comprendia la virtud poca mella podian hacerle las calumnias de la impotente envidia.

No caian en verdad en tierra estéril las sabias lecciones de Doña Blanca. Luis supo aprovecharse de ellas de tal modo, que bien pronto pudieron apreciar en él sus súbditos todas las virtudes que ilustran á los grandes Monarcas.

Pero aquel pueblo que como decíamos en un principio estaba atravesando todavía el difícil periodo de transicion que habia de conducirle á la deseada unidad, no podia recibir desde luego la regencia de Blanca sin abierta oposicion; y acreciendo ésta llegó á tal punto, que tuvo necesidad la esforzada Princesa de reunir sus ejércitos, despues de formar con prudente política un consejo de los mas importantes señores del Reino, que correspondieron á esta muestra de deferencia con su decidida adhesion.

Dispuestas así las cosas preparó la consagración de su hijo invitando para tan solemne ceremonia á todos los grandes dignatarios del reino, que mas atentos á su envidia que á lo que disponen las leyes del honor para las damas, dejaron de asistir en su mayor parte, considerando como una afrenta que el Gobierno estuviese « en manos de una española, de una muger de país extraño.»

Reducidos aquellos ambiciosos magnates desde el reinado de Felipe Augusto á la simple condición de ciudadanos, y privados de ejercer su antigua influencia en el manejo de los negocios públicos, creyeron llegado el momento de recobrar su pasado predominio, y de vengarse de su misma nulidad aprovechando para ello la minoría de Luis IX. A la cabeza de todos aquellos varones turbulentos, hallábase el Conde de Champagne. Tibaldo, que adicto á la Reina hasta el punto de atribuirse su afecto á mas tierno sentimiento, aspiraba por su rango y por su lealtad á compartir el poder con Doña Blanca: el Conde de Boloña, hijo de Felipe Augusto y de Inés de Meranio, aspiraba tambien á la Regencia; y Pedro de Bretaña y su hermano Roberto, Conde de Evreux, alimentando iguales aspiraciones, eran los cuatro principales magnates, jefes de la temible liga que se formó contra la madre del Monarca, á los que bien pronto se unieron Enguerrando de Cucey, Enrique de Bar, Hugo de Lusiñan, y Hugo de Chatillon.

Las pretensiones de todos estos ambiciosos bien demostraban el interesado intento que los impelia. Así es, que transigiendo en cuanto á la Regencia, solicitaban que la Reina como estrangera diese fianzas de la tutela del Rey su hijo, y sobre todo, que se devolviesen á los Grandes los bienes confiscados durante la vida de los dos últimos monarcas, y que se pusieran en libertad á todos los presos por causas de Estado, principalmente á Errando, Conde de Flandes, y á Reynaldo, de Boloña. Olvidaban los que de tal modo dejaban entrever el verdadero objeto de su liga, que aquellos bienes, cuya restitución reclamaban, habian sido el fruto de atrevidas usurpaciones.

La tempestad que amenazaba á la Princesa española era á la verdad imponente, y capaz de abatir corazones menos esforzados; pero

Blanca de Castilla, en quien parecia haberse adunado la prudencia de su madre y hermano y la firmeza de designios de Felipe Augusto, rehusó entrar en ninguna clase de avenencia con los rebeldes, esperando tranquila, apoyada en la justicia que con razon creia asistirle, el triunfo de su causa. Activa é incansable, reunió en muy pocos dias un poderoso ejército y poniéndose ella misma, acompañada de su hijo, á la cabeza de los leales, marchó al encuentro de los ambiciosos barones. El altivo orgullo de éstos estrivaba en creerse mas poderosos por contar con mas fuerza material, y era necesario demostrarles ante todo, que la fuerza sin el apoyo del derecho, difícilmente puede consolidar ninguna clase de aspiraciones.

Confiados en su mismo poder, y sin alcanzar que una dama pudiese con tanta actividad acumular tantos medios de defensa, no habian terminado de ponerse de acuerdo los altivos magnates, cuando les sorprendió el ejército de Doña Blanca. Al verse de tal modo imposibilitados de seguir en su empresa, pretendieron entrar en negociaciones con la Reina; y Tibaldo, sorprendido tambien como los demás llegó al extremo de deponer las armas é implorar la clemencia de sus soberanos.

Conseguido con tan próspero suceso, el principal objeto con que la Reina salió á campaña habiendo demostrado á los rebeldes que no se la conseguia amedrentar con alardes de fuerza, no tuvo inconveniente la prudente hija de Alfonso IX en oír las proposiciones de paz que se le presentáran; y como el arrepentimiento del Conde de Champagne le llamaba naturalmente á el papel de mediador, propúsose desempeñarlo, viendo aceptada su oferta por la generosa Reina.

Política ésta siempre, le propuso, á fin de no herir el orgullo de aquellos altaneros Señores, si se creían humillados por presentarse ante una estrangera, que compareciesen los conjurados ante el Rey, el cual les daría audiencia, escuchando en justicia sus reclamaciones.

Tan noble y generosa conducta no era en verdad la que merecian aquellos presuntuosos y poco dignos barones, que solo pensaban en aprovecharse con falaz engaño de aquella dilación para reunir sus